

# Los mellis

## Un verdadero equipo

Daniel Baldi

Se declara de interés nacional la novela  
*Los mellis. Un verdadero equipo*  
del Sr. Daniel Baldi

loqueleg



## Prólogo

9

Cuando recibí la invitación de Daniel para escribir este prólogo, en un principio pensé: «¿por qué me habrá elegido a mí para hacerlo?». La respuesta la encontré una vez finalizada la lectura de su libro. Descubrí que compartimos los mismos valores: lo importante que es dialogar en familia y también el hecho de creer que SE PUEDE, que se trata solo de querer.

Todos, seamos adolescentes o adultos, siempre estamos a tiempo de cambiar nuestras actitudes, confiando mucho en los demás y en nosotros mismos.

Entonces me sentí muy halagada de que hubiera pensado en mí para escribir el prólogo de este libro.

Es un libro pleno de enseñanzas, que destaca los valores de la familia, la amistad, el compañerismo, el diálogo, como hice notar anteriormente y lo reitero, porque es digno de que se destaque.

Nos hace reflexionar sobre las pequeñas cosas bellas que nos ofrece el mundo y, también, sobre lo hermosa que es la naturaleza, todo lo que ella nos regala. En vez de admirarla, lo que hacemos es ignorarla y a veces hasta destruirla.

La novela de Daniel es de fácil lectura, pero contiene un gran mensaje, y lo hace a través de vivencias cotidianas, que pueden llegar a sucederle a cualquier grupo familiar, que puede ser aquel al que pertenezca cualquiera de nosotros. De la forma más simple y clara pretende despertar en el lector todo lo mejor de sí.

Quien tenga la posibilidad de tener este libro en sus manos no quedará indiferente, seguramente saldrá enriquecido luego de leerlo, y encontrará las llaves que le abrirán el camino para poder transitar una adolescencia, una juventud y una vida más feliz y plena. Los lectores se convertirán, por consiguiente, en seres que en el día de mañana podrán verter en nuestra sociedad su verdadero potencial; no lo dejarán adormecido en su interior, sin llegar a saber nunca todo lo que serían capaces de lograr.

Es común oír decir a los muchachos y las chicas que no se sienten felices con su realidad, incluso frecuentemente nos damos cuenta de que están de mal humor. Esto pasa porque no saben ver que tienen todo para ser felices; que no está en el afuera la felicidad y sí en los detalles, en las acciones más nimias. Si tomamos en consideración nuestro alrededor, lo podremos apreciar. Pero para poder percibirlo hay que estar atento, no hay que permitir que se nos distraiga con banalidades.

Ningún bien material puede opacar la felicidad que se siente al ayudar a otro. A veces, el solo hecho de hacer sentir al otro que uno está a su lado, para escucharlo y

contenerlo en lo que sea necesario, ya es suficiente. Ese gesto, aun el más mínimo, nos llenará de satisfacción y plenitud.

Quiero destacar que me sentí identificada con Rafael, uno de los protagonistas de este libro. Ustedes se preguntarán por qué. Bueno, a medida que lo lean lo van a ir descubriendo. De todos modos, no quiero dejar de decirles que considero muy importante valorar lo que se tiene, y que no hay que dejarse vencer por la adversidad.

11

Quiero felicitar a Daniel por este libro, por la temática que ha elegido, por el enfoque que propone, por el compromiso que demuestra tener hacia los niños y los adolescentes, y la consiguiente preocupación que le generan, al ver que se están perdiendo ciertos valores que mucho le conciernen.

Y, principalmente, quiero poner el énfasis en el hecho de que Daniel no se queda en la mera preocupación, sino que se OCUPA en hacer algo para contribuir a resolver lo que le preocupa, y lo hace de forma inteligente. Los frutos se verán o no más adelante, pero lo que sí importa es que brinda, desde su lugar de escritor, su aporte para lograr recuperar valores y cualidades esenciales entre nosotros.

¿Qué más puedo decir al respecto?

¡Enhorabuena!

ALEJANDRA FORLÁN

12 Rafael supo cómo le había ido a su hermano en la final del Campeonato Departamental de Liceos sin necesidad de preguntárselo. Porque cuando Claudio entró en la casa, estrelló su par de zapatos de fútbol contra la puerta del dormitorio de Rafael, descargando toda la furia que traía dentro.

Su hermano no se alarmó. El año pasado, luego de perder la final contra Carmelo, su puerta había soportado la misma reacción. Valeria, su mamá, salió de la cocina y comenzó a gritarle que se fuera a su cuarto y dejara de romper la casa.

Cuando todo pasó, Rafa volvió a centrar la atención en el libro que estaba leyendo. Se había retrasado en los deberes del liceo a causa de la lectura, pero eso ahora poco le importaba. Quería saber cómo se las ingeniaría el protagonista de la historia para escapar de la loca que lo tenía prisionero.

El título de la novela era *Misery* y su autor Stephen King. Contaba acerca de un famosísimo escritor norteamericano, quien, a raíz de un accidente de tránsito,

perdía el conocimiento y era rescatado por una *fan* que le ofrecía asilo en su casa.

Cuando el escritor despierta y se encuentra en un dormitorio desconocido, no tarda en descubrir que tiene fracturadas las piernas en varias partes y no puede caminar.

El relato va aumentando la tensión a medida que el protagonista descubre que la mujer está loca de remate y que él no es más que su prisionero. La acción se hará más y más espeluznante, ya que el protagonista intentará una y otra vez escapar de la casa, pero no podrá valerse de sus piernas.

Cerca del final, Rafa entendió por qué esa novela lo había cautivado tanto. Al igual que el personaje que describe King, él se había sentido así toda su vida. No porque tuviera *fans* locas que lo capturaran, sino porque sabía en carne propia la angustia que se experimenta al no poder caminar.

14 Claudio y Rafael, los únicos hijos del matrimonio Fagúndez, llegaron al mundo en Colonia del Sacramento en 1988. Las ecografías habían mostrado a dos bebés sanitos y perfectos, pero cuando nacieron, uno salió bien y el otro, vaya a saber por qué, vino con las piernas pegadas a la altura de las rodillas y los tobillos.

Deformidad genética, anomalía inesperada, el nombre que quisieran ponerle... Lo cierto era que sus huesos se habían unido formando una sólida estructura. A partir de entonces, los mellizos no resultaron ser tan idénticos como era de esperar.

Para Roberto y Valeria, aquel imprevisto no fue motivo de desgracia ni mucho menos. Comenzaron a crecer junto a ellos con entero amor y devoción. Al año de nacidos, festejaron los primeros pasos de Claudio y la primera operación de Rafa, la de tobillos, que terminó con éxito.

Padre y madre se turnaban para jugar a la pelota con Claudio, ayudarlo a trepar y enseñarle a andar en bicicleta, mientras que Rafa lo seguía embelesado,

recibiendo los mimos y consuelos del padre que se quedara con él, oyendo al oído que algún día llegaría a hacer lo mismo que su hermano.

Las marcadas diferencias entre los niños llevaron a que desarrollaran personalidades diferentes.

A los tres años, a Rafa le separaron las rodillas. Esta vez, a diferencia de lo ocurrido con los tobillos, la operación resultó complicada. Había que hacerle una rodilla nueva. Para esto se necesitaba unir los huesos como un rompecabezas y habría que colocar varios clavos que los sujetaran. Recién a partir de esa intervención, por primera vez en su vida, Rafa pudo sentir que tenía dos piernas en vez de una. Igualmente seguían deformadas, apuntando hacia dentro, al igual que sus pies.

Durante su niñez, la silla de ruedas fue su único medio de transporte. Hubo que operarle las caderas y, a medida que las operaciones se sucedían, las piernas comenzaban a adquirir la forma de piernas comunes. Esto conllevó inevitables momentos de tensión en la familia, sobre todo entre sus padres, quienes seguían las operaciones de su hijo desconfiando por momentos de si realmente llegaría a caminar algún día.

Deseaban ayudarlo a salir adelante, estaban dispuestos a dejar sus vidas por ello. Fueron juntos a sesiones con psicólogos, donde intentaban hacerle entender a un Rafa cada vez más triste que el hecho de no poder hacer las mismas cosas que un niño normal



de su edad no quitaba que no fuera a poder hacerlo en un futuro muy cercano.

Con ocho años, llorando desesperado, abrazó a su madre a la salida de la terapia y le dijo que quería caminar, que no aguantaba más estar así. Ella lo alentó y le pidió que tuviera fe.

16 A los nueve comenzó a dar sus primeros pasos solo. Con el tiempo se animó a aferrarse a un andador y caminar con dificultad por la casa. La práctica y la fisioterapia lo fueron ayudando hasta que, con catorce años, logró ir caminando a cualquier lado. Sus pasos eran cortos y lentos y su caminar repleto de imperfecciones, pero avanzaba, y eso lo hacía sentirse muy feliz.